

Liderazgo consentido o Liderazgo con sentido: Relativismo en la escuela de hoy

Fr. Nelson Medina, O.P., PhD,
Regente de Estudios, Dominicanos de Colombia

Una palabra de difícil manejo; una palabra que se ha vuelto prácticamente un tabú hoy es: **autoridad**. A menudo, quien la tiene, o debería tenerla, por ese sólo hecho siente la presión de disculparse. En las comunidades religiosas, por ejemplo, se tiende a evitar el lenguaje antiguo que reconocía “superiores.” Una tía mía, religiosa, me contaba hace pocos años que había sido nombrada “animadora” de una comunidad. De hecho, al principio no le entendí a qué se refería. Es evidente que el término trata de presentar las cosas del modo más horizontal, es decir, del modo más igualitario posible.

Por otro lado, nadie duda de que la autoridad es algo de lo que se puede abusar y se ha abusado, de modo que la pregunta puede plantearse de este modo: Entre el autoritarismo y el igualitarismo, ¿qué es tener autoridad? Desarrollo la pregunta en los siguientes apartados:

1. El ideal del hombre autónomo en la Ilustración.
2. Crisis de la autonomía racional: el Romanticismo.
3. Manipular una multitud mientras se le predica originalidad
4. Nuevas formas de liderazgo

1. El ideal del hombre autónomo en la Ilustración

Las palabras de Immanuel Kant, en su opúsculo *¿Qué es la Ilustración?*, no dan espacio para la duda:

La mayoría de los hombres, a pesar de que la naturaleza los ha librado desde tiempo atrás de conducción ajena (naturaliter maiorennes), permanecen con gusto bajo ella a lo largo de la vida, debido a la pereza y la cobardía. Por eso les es muy fácil a los otros erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo ser menor de edad! Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza mi conciencia moral, un médico que juzga acerca de mi dieta, y así sucesivamente, no necesitaré del propio esfuerzo.

Dejarse guiar es, según esta postura, ser “menor de edad.” La fe nos mantiene en la minoría de edad. La razón nos sacada de ese estado inmaduro y nos lleva al uso pleno de nuestras facultades.

La confianza casi ilimitada en la razón produjo el optimismo tan típico de la Modernidad. Los temas más repetidos al proclamar esta grandeza son:

- La razón libera de la superstición y del fanatismo (Voltaire; Feuerbach).
- La razón lleva a cada ser humano a su plenitud y madurez (Kant).

- La razón opera sobre datos positivos y verificables, y produce resultados (Comte).
- Todo lo real es racional; todo lo racional es real (Hegel).
- Sobre una base de razones se puede construir una ética mundial (Küng).

Puesto que todo ser humano se presume dotado de razón, y puesto que lo razonable tiene la capacidad de sumar las experiencias pasadas, afrontar analíticamente los problemas presentes, y proveer oportunamente de soluciones futuras, es natural ver que el ideal autonómico se llegó a consolidar como el credo implícito de la sociedad occidental, heredera del pensamiento griego, el derecho romano y la religión cristiana.

2. Crisis de la autonomía racional: el Romanticismo

Se piensa a veces que la gran enemiga de la Ilustración fue la Iglesia. Las cosas son más complejas. En la tensión y mutua descalificación de dos “ilustrados,” Rousseau y Voltaire, ya se ve la fragilidad del proyecto autonómico. Estos dos pensadores coinciden en puntos esenciales: en su descontento por el tono intelectual de la sociedad de su tiempo; en la desconfianza por las religiones institucionales (ambos son *deístas*); en la búsqueda de nuevos paradigmas sobre la base de que el mundo estaba dando un giro irreversible.

Pero las diferencias no son menores:¹ Rousseau busca la verdad en el individuo, en el pasado y en la naturaleza “pura;” Voltaire, por su parte, sitúa la verdad en la sociedad, en el presente y en la ciudad, en cuanto lugar de encuentro.

Sin que fuera quizás su intención directa, Rousseau vino a ser el patriarca del Romanticismo que avanzaría con fuerza en el siglo XIX. Comte podía elogiar la razón imparcial y objetiva; Kant podía estudiar qué logra o aporta la razón “pura;” pero Herder, Fichte o Scheller estaban también ahí, para decir con sus principios pedagógicos, históricos o poéticos que se pierde demasiado si uno piensa que la razón lo guía todo. Ya Pascal había asegurado que “el corazón tiene razones que la misma razón no entiende.” El mismo Hume en su bien conocido estudio sobre el entendimiento humano² parece pretender exactamente eso: mostrar que la razón debe bajar sus pretensiones si quiere tener una palabra pública.

Así que se puede leer el movimiento romántico como una primera forma de reacción frente al racionalismo frío. Con el tiempo, la tendencia que enfatiza la parte del sujeto, con sus emociones, nostalgias, conflictos internos, esperanzas reprimidas, dolores inexpresables, pecados no confesados, se abriría paso en forma de subjetivismo intenso y extremo, en la llamada postmodernidad. De ese modo, la afirmación de la autoridad de la razón sirvió ampliamente para minar la autoridad del maestro, el papá, y el sacerdote; a su vez, la autoridad del sentimiento y del yo sirvió después para minar la autoridad de la razón: Rousseau, en el largo plazo, le ganó a Voltaire.

Pero no fue la suavidad del romanticismo quien agrietó al optimismo racionalista, sino la dureza de la guerra, o mejor dicho de las dos Guerras Mundiales. Tener una cabeza para pensar bien no garantiza buenos pensamientos. Se necesita una lógica muy refinada para diseñar modos de matar a millones y millones de seres humanos. La potencia mundial por excelencia, en aquella época, la tierra de Kant y de Hegel, maestros de la racionalidad, parió también a un hombre con sus propias razones para devastar al mundo entero: Hitler.

1 Para esta parte me apoyo J. T. Scott, R. Zaretsky, *The Philosophers' Quarrel: Rousseau, Hume, and the Limits of Human Understanding*, Yale University Press, 2009.

2 *An Enquiry Concerning Human Understanding*, publicado originalmente en 1748.

3. Manipular una multitud mientras se le predica originalidad

Desengañados de las autoridades “tradicionales” por obra de un racionalismo sin rostro; decepcionados de los alcances y promesas de la razón acusándola de dejar por fuera lo más propiamente humano en el sujeto; decepcionados de la aplicación de la razón por el escándalo de las Guerras Mundiales y de incontables desastres ecológicos; ahí tenemos una generación de postmodernos: creen sólo en el instante, en sus amigos, en los códigos creados por ellos mismos, y en una especie de bondad que suponen que nunca les abandona pero que de todos modos renuevan embriagándose de naturaleza: por eso se alimentan de manera saludable y cuidan de las especies en vía de extinción.

Pero el comportamiento de estos apóstoles de un *hippismo* sin raíces está repleto de contradicciones: quieren comida “orgánica” y se inyectan hormonas para no concebir hijos; quieren independencia pero son juguetes de la publicidad y la moda; se proclaman independientes desde la fortaleza de una pandilla, grupo o tribu urbana; quieren ser escuchados pero luego carecen de un discurso en el que puedan creer todos, y así resultan prontos para la protesta y tardos para la propuesta.

Su originalidad les llega empacada desde los grandes centros de producción; sus canciones de protesta hay que bajarlas de iTunes; es de rigor parecer desaseados y despreocupados pero saben que el trato interpersonal requiere de la última tecnología en antitranspirantes; aman aportar grandes símbolos pero para las grandes tareas siguen dependiendo de las estructuras de la Modernidad.

4. Nuevas formas de liderazgo

¿Qué tipo de líder puede madurar y sostenerse en un ambiente así, es decir, en esa extraña combinación de modernidad capitalista, subjetividad postmoderna y de culto a la inmediatez?

- Considero que los líderes de nuestra juventud tendrán que ser “culturalmente políglotas.” Nuestros niños y jóvenes aprenden de modo atemático y como por absorción a utilizar distintos lenguajes en distintos ámbitos. (1) Esperan seriedad, respaldo y fundamento en la ciencia que hace posible la tecnología que les fascina. (2) Esperan informalidad y a la vez lealtad, confianza y alegría de sus relaciones interpersonales. (3) Esperan claridad que no los obligue a reflexionar; intentan ser profundos por golpe de inspiración; desean usar la verdad, la ficción y la denuncia como vestidos que pueden quitarse o ponerse a voluntad. Los líderes para esa juventud necesitan desarrollar un olfato certero y sumamente ágil para cambiar de registro en la transmisión de contenidos progresivamente más completos y sólidos.
- Nuestros jóvenes quieren coherencia y quieren encanto, a la vez. Les gustan los líderes que caen en uno u otro campo pero darán el máximo de sí si se logra acertar en las dos cosas al tiempo. El arte tiene aquí un lugar irremplazable pero no todo arte funciona ni toda obra que cautiva es útil, ni todo mensaje profundo es capaz de cautivar. Se trata de plantear lo firme con aroma de novedad.
- Finalmente nuestros jóvenes quieren ser pasivos una gran parte del tiempo, y les gusta darse el lujo de no replicar nada, no cambiar de cara, no dejar ver que algo les afecta. Pero luego hay erupciones de actividad; momentos de conexión profunda con el futuro; experiencias inéditas de fraternidad. Y en momentos así su agilidad nos deja pasmados y creo que agradecidos.